

# La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO YASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 cénts.  
25 núms. 75 cénts.

Valdepeñas 13 de Mayo de 1893

Trimestre 1 peseta  
Un año 4 pesetas

Núm. 177.

IMPRENTA Y PAPELERIA

DE

JOSE HURTADO DE MENDOZA

Surtido completo en objetos de escritorio, papeles para escribir en clases nuevas, encerrados en caprichosos estuches.

Se hacen toda clase de impresiones con el esmero y economía que esta casa tiene acreditados.

CALLE REAL NUM. 12

Relojeria de Tomás García Catalan

ESCUELAS, 6, VALDEPEÑAS

Relojes desde 6 pesetas hasta 1,000 Surtido completo en cadenas de todas clases, tanto de señora como de caballero. Como esta casa representa varias fábricas de Suiza, el público que me honra con sus compras goza de una rebaja de precios nunca vistos en esta plaza. La garantía de este establecimiento en los relojes que vende y compone es **verdad**.

Tambien poseo lentes y gafas de todas clases á precios de fábrica; los han de cristal de roca, ordinarios, lentes en elegante y moderna armadura para miopes y presbitas, gafas y lentes ahumados, de ferrocarril, para las enfermedades de la vista, estuches muelles, varillas, tornillos, etc., etc.; gafas desde 50 cénts. hasta 15 pesetas.

## EL CRIMEN DE MUCHOS

HOMBRES DE BIEN.

Las faltas de omision son á veces muy graves faltas, y no de menor trascendencia que muchos actos positivamente criminales.

La omision no tiene por disculpa el oscurecimiento producido en el entendimiento por una pasion violenta; su única excusa es por lo comun la más fea, la más miserable, la más irracional de todas las flaquezas: la pereza.

La pereza, colocada en último lugar en la escala de los pecados capitales, es en cierto modo el extremo opuesto á la soberbia, que ocupa el primer lugar.

Porque la soberbia es la usurpacion audaz de la gloria divina, y al revés la pereza es la imitacion de la más innoble de las cualidades de la materia, la inercia.

Más aun, es, como dice no sé dónde nuestro esclarecido Balmes, una tendencia al no ser, á la nada.

El hábito de la pereza y de la omision se llama indolencia ó apatía, vicio que considerado bajo su aspecto religioso y social me propongo sacar hoy á pública vergüenza para saludable escarmiento de los que de tan

ruin enfermedad se sintieren aquejados.

La indolencia ó apatía es la negacion de la noble actividad que debe agitar constantemente las facultades de nuestra alma; es el adormecimiento, ó mejor el letargo mortal de sus más nobles aspiraciones: tiene puntos de terrible analogía con el suicidio.

Por ahí empezará á comprenderse algo del epígrafe que he colocado al frente de este artículo. La indolencia suele, en efecto, ser el crimen de muchos hombres de bien en las circunstancias calamitosas.

Cuando sopla desencadenado el huracan de las malas pasiones, cuando á los redoblados golpes del hacha revolucionaria van cayendo destrozadas pieza á pieza instituciones, costumbres y creencias las más venerandas, ¡oh! entonces la apatía de los buenos es el primer auxiliar con que cuenta la conjuracion de los malvados; es ella el primer cómplice suyo en las públicas desventuras, y por consecuencia indeclinable y nunca desmentida es ella tambien la primera víctima en que suele descargar sus enojos la ira vengadora de un Dios terriblemente justiciero.

Dividense en tres clases los apáticos ó indolentes.

Pertencen á la primera los hombres que, ó por falta de instruccion, ó por cortedad de talento, no alcanzan á hacerse cargo de la gravedad de los males que les rodean.

Son seres humanos que viven inconscientemente la vida de los vegetales. Nuestro siglo de agitacion y de luchas pareceles ni más ni menos que otros siglos de paz octaviana, ó mejor, nada les parece acerca de esto, de lo otro, de lo de más allá.

Nacer, vivir y morir, hé ahí su historia. Llamemos á éstos, indolentes por ignorancia.

Pertencen á la segunda clase los distraidos.

¿Qué se le dá á mi amigo don Luisito del protestantismo, del socialismo, de la Internacional, ni de tantas otras cuestiones de interés público, nunca llamadas con más propiedad que hoy, candelentes ó palpitantes?

Dénele ricos vegueros que chupar y sastre de clásica tijera que cuida de su arreo. Pondrále pleito á su padre y divorcio á su mujer por el do de pecho del tenor ó por el *si bemol* de la *prima donna*, y romperá los cascos al atrevido que no convenga en sus apreciaciones *artísticas* sobre el mérito de la bailarina. Dé todo esto se preocupa mucho mi don Fulano. En cuan-

to á lo demás que trae revuelto y alborota lo el mundo, no daría por ello dos cominos.

Este es el indolente por frivolidad.

Al tercer grupo (sobre este hay que fijarse) pertencen los hombres de buena voluntad y de flacas obras; ojaltoros, en expresion de uso vulgar y profano; quejumbrosos, lloradores, incapaces de toda otra cosa que no sea su eterna lamentación y abrumador lloriqueo.

A éstos os los encontráis á cada paso en el casino, en el paseo ó en la visita, y os detienen, y os agarran de las solapas del chaleco ó de la levita, y os dicen con imponderable amargura de su corazon: «Estamos mal, señor mio, muy mal, rematadamente mal. Ya vé usted, ¡qué periódicos! ¡y qué ideas! ¡y qué juventud! ¡Y las masas, ¡oh! las masas! es inminente, inevitable una conflagracion general, el socialismo, la *Commune*. ¿Qué está haciendo Dios que tal consiente? ¡Uh! ¡ah! ¡oh!

—¿Y qué hace usted, don Jeremías? hube de replicarle yo dias atrás al dolorido personaje que acabo de presentar en escena. ¿Que hace usted más que asordar á los cielos con estériles gemidos? ¿Ha olvidado usted que nuestros mayores con ser católicos de lo fino tuvieron en su lenguaje corriente refranes como estos: ¡Ayúdame y te ayudaré! ¡Fíate en la Virgen y no corras! ¡A Dios rogando y con el mazo dando!

—¿Si querrá usted que á mi edad y con mis achaques las emprenda yo con un fusil para conservar el orden y me convierta en otro Roldan por estos montes y llanos de Dios! Pues, digo...

—Cierto que no; más puesto que las ideas malas con ideas buenas se combaten, ¿por qué no ha de ser usted un soldado como cualquiera en otras más pacíficas campañas?

—Pues hágole que no sirvo más para literato que para militar. Porque aquí donde usted me ve, señor mio de mi alma, no tengo más libros que los de mis entradas y salidas, ni otras letras conozco que las de cambio. Y toda la ocupacion de mi vida y mi principal anhelo fueron hacerme con un capitalito decente, que esa me pareció ser la más sábia de todas las filosofías despues de la de servir á Dios. Nada me va, pues, á mí con esas ideas ó disparates, quedijo usted poco há. ¡Con que, si ha de ser el hijo de mi madre quien se meta á réformador del siglo, medrados estamos!

—Pues, no otros que usted y el hijo

de su madre y los hijos de todas las madres han de andar en este negocio. Oígame usted, señor don Jeremías, oígame usted, y á su buen sentido deje el apreciar la fuerza de mis razones. No es usted valiente ni mucho menos, ni es usted sabio ni escritor ni periodista; pero es usted rico, segun parece; y tiene usted en la sociedad el prestigio y la influencia que da siempre la posesion de un buen caudal. Dos medios tiene usted poderosísimos que poner al servicio de la verdad: su dinero y su ascendiente moral.

Veamos lo primero.

¿Tan difícil le ha de ser á usted invertir el uno, el dos, el tres ó el cuatro por ciento de sus rentas en favorecer la propaganda de la verdad y del bien, que cierto necesita hombres de talento, pero tambien hombres de de dinero?

Católicos decididos se lanzaron desde la revolucion acá á la creacion de escuelas dominicales y nocturnas con más sobra de buena voluntad que de recursos pecuniarios; ¿qué cantidad da usted semanal ó mensualmente para el sosten de este semillero de buenos ciudadanos? ¿Por qué no aplica usted algo de su caudal allí donde tantos otros aplican su pobreza, su actividad y sus pequeños ratos de ocio? Pues sepa que el día que usted y ellos hayan logrado formar segun la ley de Dios el corazon de un centenar de niños ó de muchachas, aquel día le habrán ganado una batalla al socialismo.

La propaganda católica anda repartiéndose entre nuestros obreros sus hojas religiosas, ¿cuántos millones compra usted cada mes de estas hojas, que por su baratura, más que venderse, se regalan? Y no obstante, si con ellas lograra usted desvanecer una preocupacion, desarraigar un vicio, ó infundir una enseñanza, ¿no les habría ganado usted otra batalla á los enemigos de la Religion y de la sociedad?

Andan por ahí en anuncios y prospectos publicaciones periódicas creadas con el solo fin de popularizar las sanas ideas. ¿Cuántos ejemplares toma usted de cada una de estas publicaciones? El protestante inglés, el bobalicon espiritista, el agente de la internacional gastan su oro para corromper nuestro pueblo; ¿ha de ser menos celoso que ellos el católico español en bien de su propia patria?

¿Pertenece usted á sociedades de beneficencia? ¿Trabaja usted en las conferencias de san Vicente de Paul, en la Caridad cristiana ó en otra cualquiera? Pues no eche usted en saco